

## SOBRE LOS NAUFRAGIOS



CUANDO yo era estudiante circulaba por mi ciudad un caballero, cuyo nombre no recuerdo, que entregaba para presentarse unas curiosas tarjetas de visita: «Fulano de Tal, pasajero de primera clase en el "Titánico"». Era verdad: el caballero era un su-

perviente de la tragedia de aquel transatlántico y de ello hacía su motivo de gloria y el ápice de su personalidad, ya que no encontraba otro mejor, puntualizando, además, que su supervivencia era de las de primera clase. De haber proseguido sin tropiezos su primer —y último— viaje sin topar con el iceberg que le echó a pique, el «Titánico» hubiera puesto a nuestro hombre en la situación de tener que elegir otro enunciado para sus tarjetas, un enunciado vulgar y profesional que le definiera como al común de los mortales. La noche trágica de aquel mes de abril de 1912 entronizó definitivamente en el ánimo del personaje la figura de un supuesto héroe involuntario, y el azar le procuró, para sí mismo y el círculo de sus amistades, una notoriedad permanente e intransferible: la de pasajero de primera clase en el «Titánico».

No es del todo incomprensible esa chifladura. Seguramente para quien vive los lances de una tragedia así, el resto de la vida quedará entremezclado a las alucinantes imágenes del lance. La tragedia del naufragio cobra tintes melodramáticos cuando el buque que se hunde es, como en el caso del «Titánico», o el del «Princesa Mafalda», o el del «Andrea Doria», o el reciente del «Lakonia», la armadura desprevenida de un crucero de recreo, cargado de animosos turistas que van de vacaciones. No se acierta seguramente a pensar que la muerte y el peligro puedan sobrevenir así, en mitad del mar, en la plenitud del descanso y de la despreocupación. Y sin embargo, la tragedia se repite periódicamente con trazos similares, como el desarrollo de una película en distintas versiones. La tragedia actual, en la bonanza navideña, es la versión del mismo tema con que se repite una historia.

El eco de la tragedia se ha desmesurado, esta vez, por las declaraciones contradictorias de algunos pasajeros, relativas al comportamiento de la tripulación y de los mandos del buque. Hemos contemplado por la televisión la figura descompuesta del capitán, Mateos Zarbic, intentando explicar, ante una muchedumbre de periodistas, las circunstancias del salvamento; pero quien aparecía ante las cámaras era un hombre derrendado y hundido, que merecía más reposo y respeto que ruedas de prensa. Para que se aclaren las circunstancias del suceso y las responsabilidades que incumben al capitán del barco y a la tripulación será necesaria una pesquisa laboriosa. El capitán asegura que no hubo pánico entre los tripulantes y entre los pasajeros; pero ya en tierra firme el capitán Zarbic nos pareció un hombre presa del pánico. Es muy probable que la tensión de las horas vividas produzca en su ánimo la depresión tardía, a cuenta de la entereza que tuvo que imponerse en aquellas horas dramáticas. Lo cierto es que no está en las manos de los periodistas enjuiciar la actuación de un hombre que, a fin de cuentas, permaneció sobre la cubierta del buque hasta el último minuto y que consiguió que sólo una mínima parte de los que estaban a bordo fueran irreparables víctimas del tremendo suceso. La elocuente cifra de los salvados dice mucho más que lo que él pudiera explicar.

En el libro de Alvin Moscow sobre la tragedia del «Andrea Doria», escrito muchos meses después del juicio que provocó aquel naufragio, se advierte con precisión la parte de responsabilidad que hubo en las consecuencias de aquel otro drama. Las primeras chalupas que fueron llegando a los barcos que acudieron en auxilio del transatlántico italiano iban todas ocupadas por elementos de la tripulación. En mitad de la seria consideración de los acontecimientos no podemos dejar de pensar en la jocunda frase de uno de los personajes de una comedia de Tono, que describe un naufragio: «Al grito de: primero las mujeres y los niños, nos precipitamos sobre las barcas de salvamento». Así ocurrió en el caso del «Andrea Doria». El hundimiento del «Princesa Mafalda», en 1927, fue, en cambio —valga

la paradoja—, un modelo de orden y de organización. El capitán y el telegrafista sucumbieron en el casco del buque cuando se hubieron salvado todos los pasajeros y el resto de los tripulantes. Hemos de considerar, pues, el drama del «Lakonia» como un caso intermedio, en el que se ha hecho buenamente lo que se ha podido y en el que lo único incongruente —aunque justificable— es el lamentable estado de ánimo de un hombre afectado por la tragedia y, quizá, excesivamente sensible a sus consecuencias.

El «Lakonia», a diferencia de los tres buques que hemos citado como antecedentes, no se hundió en el mar. Su casco pudo ser remolcado hasta puerto, con fuego a bordo. Sostenía alguien que, en estas circunstancias, el descalabro de los pasajeros que se echaron por la borda y de los naufragos que flotaron durante largas horas sobre las aguas heladas podían haber sido evitados. El buque no naufragó, pero el fuego de a bordo se propagaba con peligro de hacer estallar los depósitos de carburante y de provocar una tremenda explosión. Nos explicamos que, en estas circunstancias, no haya otra opción que la del pánico. A nadie, ni siquiera al capitán, constaba en aquellos momentos que el barco no se hundiría. Si se trataba sólo de regular la evacuación del barco es probable que lo que no estuviera en manos del capitán fuera el dominio de los nervios colectivos. Durante el hundimiento del «Titánico», la orquesta siguió tocando vals en los salones; pero ello era posible porque en el barco no había apenas indicio alguno de lo que iba a ocurrir. El barco, con un tremendo boquete, se había inclinado sólo ligeramente; no había fuego a bordo, las aguas del mar estaban calmadas. Son una serie de imponderables los que provocan inexplicablemente el pánico insalvable, lo que constituye jurídicamente un atenuante o un eximente de culpa en determinadas circunstancias. Tenemos la impresión de que en los bordos del «Lakonia» aconteció uno de esos movimientos de estupor indomables y que el «sálvese el que pueda» fue, más que una orden, un impulso intuitivo del millar de turistas enloquecidos, a los que el fuego empujó hacia el mar.

Se nos ocurre pensar que el marino está preparado para hacer frente al mar, cualesquiera que sean sus envites y sus dificultades. Pero debe de escapársele la teoría de luchar contra el fuego. Los dos elementos —agua y fuego— son, en esencia, contradictorios. Ambos irascibles y arrolladores, cuando se combaten entre sí son indomables. No quedaba, a nadie, más que la posibilidad de elegir su fin.

**agua y fuego** Agua y fuego se han mezclado en uno de los fenómenos naturales más sorprendentes y extraordinarios, aquél que han ofrecido los noticiarios a pocas millas de la isla de Westman, en el Océano Ártico. El súbito penacho de humo y de ceniza que ha estallado en la atmósfera, con enorme estrépito, cuando nació una isla sin nombre en mitad de las aguas, nos acerca a la mitología y parece ser el último de los trabajos de Hércules. Aún nacen islas en la tierra, islas semejantes a las de los poetas inventivos, para asombrar nuestra existencia técnica y escasamente soñadora. Si en lugar del tímulo de salitre, azufre y hierro, que ha asomado volcánicamente en la superficie del mar, hubiera amanecido un paraíso poblado de abedules, con ríos y nereidas, la magia del planeta hubiera vuelto a revivir. Pero no ha sido así. De lo hondo del mar ha sido vomitado un cieno geológico poco emparentado con la biología. Es como si hubiera asomado la mejilla muerta de una estrella sin rumbo. Esa isla intrépida e inesperada está muerta. Lo que está debajo de la corteza que pisamos está muerto también. La vida es una lámina muy fina en la que habita todavía el candor de la creación. Fuera de ella todo es fuego y fango.

Hacia esas islas, que están en lo hondo pugnando por nacer, viajan los barcos de los naufragos; hacia ellas dirigen su rumbo todas las proas que están en el fondo del mar.

La zona de los naufragios y de las hecatombes es demasiado amplia y borrascosa para el espíritu humano. Ante el nacimiento explosivo de la isla nos preguntamos cómo nacerían las de nuestro contorno, las del mar latino. Es probable que las islas de la Hélade no nacieran así. Es probable que nacieran, como las que inventa mi amigo Alvaro Cunqueiro, de un viaje ideal, de una aproximación retórica. Así Cítérea, la isla de Venus, amaneció en el mar una madrugada, ya con la pompa de sus líquenes y de sus arrecifes. A esas islas se llega por el rumbo de la palabra.